



BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS

VALENCIA

NÚM. 1

LAS TRES POSESIONES DE KYEONG-WANG

Jesús Fernández

En las montañas de Go Mae, habita una secta de monjes que practican el desapego de las cosas mundanas como vía para alcanzar la Trascendencia. Según los pergaminos de Yu-Minuk, de los que dicen que están escritos con su propio orín, la única forma de lograr la paz de espíritu es alcanzar lo que ellos llaman La Muerte Vacía, la muerte sin deseo, pues en su creencia el deseo es un peso que ata al mundo. En día, Kyeong-Wang, el peor monje de todos, caminaba meditando en su

orgullo si había conseguido no desear nada, cuando le asaltó un bandido armado con una horca:

—¡Kyeong-Wang! —le dijo— ¡El peor monje de todos! Dame cuanto tengas de valor.

—Te lo daría con gusto —respondió Kyeong-Wang- pero nada tengo que pueda darte.

—¿Y ese cuenco que llevas sujeto al cinturón? —Kyeong-Wang vio que tenía razón y le dio su cuenco.

Se despidieron y al poco encontró otro bandido, que le apuntó armado con un hocino:

—¡Kyeong-Wang -le dijo- ¡El peor monje de todos! Dame cuanto tengas de valor.

—Nada me gustaría más —respondió Kyeong-Wang— pero no tengo nada valioso que ofrecerte.

—¿Y ese cinturón que te ciñe la túnica? —Kyeong-Wang vio que tenía razón y le dio su cinturón.

Se despidieron y un poco más adelante, apareció un tercer bandido, armado con una pica. Después de explicarle que no tenía nada de valor, el bandido le preguntó: “¿Y tu túnica?”. Kyeong-Wang se asombró de nuevo de la perspicacia del bandido y le dio su túnica.

Cuando terminó su paseo desnudo y decidió volver de nuevo al monasterio sintió un profundo agradecimiento en su corazón y buscó a aquellos tres hombres. Los encontró juntos hablando de lo que habían tomado de Kyeong-Wang y les dijo:

—Gracias por enseñarme la vía del desapego, tengo el pecho lleno de gratitud y quisiera compensaros de

algún modo pues me siento en deuda con vosotros —Y diciendo esto cortó una vara de bambú y después de una breve lucha les ayudó a encontrar la muerte.

Seguidamente Kyeong-Wang tomó su cuenco, tomó su cinturón y tomó su túnica y, de vuelta a su monasterio, los ofreció en el altar de Yu-Minuk agradeciéndole su infinita sabiduría.



REGALO DE ANIVERSARIO

Jean Ives Thibaut

¿Qué será lo que le ponía su madre cada año en el armario que le daba tanto miedo?

En su estrecho y oscuro cuarto el pequeño Marquitos no podía descansar. Miraba de reojo la puerta entreabierta y se arrebujaba entre las sábanas, inquieto. Tiraba tanto de ellas que hasta sentía los pies fríos. En

ocasiones, el terror le paralizaba los músculos del cuerpo y, entonces, se decía a sí mismo que no dejaría pasar otro año más sin atreverse a mirar dentro.

Hoy, por fin, el pequeño Marquitos se ha armado de valor y se ha levantado. Desliza sus deditos huesudos entre la rendija y tira con todas sus fuerzas. Al otro lado, junto a su nombre y la fecha de su cumpleaños, tan solo descubre un ramillete de flores marchitas, tan inertes y descoloridas como él.



AZARES DE BAZAR

Sergio Mars

Empezó mucho antes, pero no me llamó la atención hasta lo de la ferretería del señor Antonio. Había estado allí, en la esquina, toda la vida, o al menos desde que mi fa-

milia se mudó al barrio, mediados los sesenta; un comercio mal iluminado, abarrotado de cachivaches con cables pelados surgiendo de los agujeros más insospechados y un mostrador de madera oscura, marcado por una bruñida red de antiguas cicatrices. Supongo que nada dura eternamente. Cierto día amaneció con un prosaico cartel que anunciaba: «REMATE TOTAL POR JUBILACIÓN». Fue sustituido dos semanas después por el más escueto: «EN VENTA».

Una tarde al pasar por enfrente descubrí que habían inaugurado un bazar, de esos que empezaron siendo de Todo a 100 y ahora tienen cien de todo. Entré por curiosidad. El encargado me sonrió, sin decir nada. Jamás hubiera pensado que el local fuera tan espacioso. Hilera tras hilera de trastos inútiles, desfilando bajo la implacable luz de los neones. Salí sin

comprar nada, aunque mi falta de entusiasmo no logró perturbar en lo más mínimo la sonrisa del encargado. Tras la ferretería de Antonio cerró la tienda de regalos, y luego la papeleería. La competencia, cabría pensar, sólo que en los locales abandonados se instalaron sendos bazares, indistinguibles del primero. Los mismos artículos, idénticos empleados joviales. Y cayeron a continuación en rápida sucesión la panadería, la floristería y la carnicería. A nadie pareció importarle demasiado. Al fin y al cabo, la compra se hacía casi toda en el supermercado, y para una emergencia, ahí estaban los omnipresentes bazares, donde podía encontrarse casi cualquier cosa, a precios bastante razonables. No constituía una molestia demasiado grande. No era preocupante.

Entonces se me estropeó el ascensor. No suelo utilizar las escaleras, pues

vivo en un quinto. Aquel día lo hice por obligación y descubrí que los García Sampiedro y los López Boj ya no eran mis vecinos. Toda la primera planta del edificio era ahora un inmenso bazar.

El encargado me invitó a pasar con una sonrisa y un cabeceo. Apreté el paso, sin atreverme siquiera a lanzar un vistazo al interior del establecimiento. Conocía al dedillo lo que podía esperar encontrar en él. Me avituallé rápido en el súper y corrí a parapetarme de vuelta a casa. Ojos risueños de empleados de bazares me siguieron durante todo el recorrido.

Los acontecimientos se precipitaron. Lo constaté con impotente angustia desde la ventana del comedor. Cuando me encontraba con alguien conocido en mis tímidas excursiones de aprovisionamiento, los dos girábamos la cabeza para no tener que

entablar una conversación casual. ¿De qué podíamos hablar? ¿De los bazares?

Hace cinco días que no planto un pie más allá de la puerta. La última vez que me aventuré al exterior la plaga se había extendido más allá del tercero, con unas pelotas de playa colonizando la escalera, como quien no quiere la cosa, hasta el primer descansillo. Podría llamar por teléfono a Ramona, la viuda del cuarto B, pero tengo miedo de que salte un contestador automático, invitándome a adquirir lo que quiera, a un precio muy razonable. Pero eso no es lo peor... Lo peor es que no sé de dónde ha salido el buda dorado que ha asentado sus orondas posaderas en mi microondas. Además, juraría que al final no había caído en la tentación de comprarme la bola de plasma que relampaguea energética sobre la mesa del comedor.

No sé si me acostaré esta noche. Por debajo de la puerta de mi habitación se filtra una luz blanca de lo más inquietante.

DEMASIADA COMPAÑÍA

Nuria C. Botey

Un relato de la serie Plata Pura

Torturar hasta la muerte a un soplón y entregar el cadáver a otros para que se deshagan de él era un trabajo fácil. Nadie me advirtió de la compañía.

—He dicho que no. Yo trabajo solo.

—Un conductor para la fuga, señor Kepler.

—No voy en coche.

—Esta vez lo hará.

Metí el cuerpo en el maletero y subí al coche. Había bultos cubiertos con toallas en los asientos traseros. Cerré los ojos para acostumbrarme a la velocidad. Me mareo en los coches.

Conducía bien, rápido pero sin levantar sospechas. Estábamos en la carretera cuando empezaron los gemidos.

—¿Qué llevas ahí?

—Nada.

Aspiré con profundidad. El olor a leche me desconcertó hasta ver las manchas húmedas en su camisa, a la altura de los pezones. Solté una carcajada. Una tía al volante, un hambre en el maletero y un bebé hambriento en el asiento de atrás. El ciclo de la vida.

—Dale la teta a tu hijo antes de que reviente.

—Que te jodan.

—Para —ordené con un gruñido.

Se detuvo en el arcén sin necesidad de que le enseñara los dientes. Los llantos subían de tono bajo la toalla. Sacó al crío del capazo con delicadeza, soltó un par de botones y dejó que se enganchara al pecho como una alimaña hambrienta

—Ahora irás con el cuento al jefe.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque me gustan los críos. Algunos llegan a convertirse en hombres.

CRECER

Carlos Sáez

Cuando llegó al baño ya había allí unos trescientos roedores peludos jugando a las cartas sobre un barril de ron del que bebían a través de pajitas. En algún lugar de su cocina — esa mañana tenía treinta kilómetros de largo y estaba llena de vegetación tropical — un grupo de turistas albaneses coleccionistas de sellos hacía una excursión, y recogía con regocijo latas de alubias de un árbol francés bastante protestón. “Monsieur, sacre Dieux”, gritaba sin parar con una terrible voz chillona... Se miró al espejo y pensó que su

madre estaba en lo cierto: tenía que madurar.

**ME QUEDARÉ
CONTIGO**

Esther Paredes

He escuchado un crujido. Al principio he pensado que alguien caminaba sobre los tablones de madera del suelo de mi dormitorio. Pero no. El desagradable sonido provenía del interior de mi cuerpo. A mi pesar, he descubierto que mi cadera se ha partido mientras estaba dormida. Puedo afirmar con seguridad que la pierna ha quedado inutilizada. Aunque poco me importa. Empiezo a acostumbrarme. Perdí los dos brazos de la misma manera y sé lo que va a suceder. Me siento como una muñeca a merced de una niña caprichosa que me rompe a pedazos.

Debería haber revisado con más detenimiento el pacto que sellé con mi pequeña consentida. Pero la desesperación nos conduce por serpenteantes caminos que nos aleja de nosotros mismos y nos lleva a cometer locuras. Sobre todo si es por amor.

Aunque me esfuerce, apenas recuerdo los sueños infantiles que perseguía cumplir en mi juventud. Porque cuando la enfermedad conquistó mi cuerpo y clavó su bandera, se desdibujó la razón de mi existencia en el mundo. Desde ese momento, la muerte transformó mis sueños en pesadillas. Mi sangre se espesaba contra mi voluntad y mi corazón se apagaba con cada latido. El médico me condenó a languidecer aguardando en la cama la temible visita de la calavera. Pero ¿quién era yo para oponer resistencia? Sólo era una enferma inútil. Mi hija se sentaba junto a la cama para dibujarme. Con sus pequeños

ojos derramando tristeza, me explicaba que quería asegurarse de que aquellos dibujos le recordarían mi aspecto cuando me hubiese ido para siempre. Después los destrozaba con rabia hasta convertirlos en pequeños trozos. A veces, incluso se los comía de tan frustrada como se sentía. Su mente inmadura no era capaz de asimilar mi desaparición.

Los brazos y la cadera rotos no son nada comparados con el dolor asfixiante de comprobar que la vida, más bien la muerte, le estaba arrebatando a mi pequeña sus sueños inocentes y no se los devolvería. En esas ocasiones, se me rompía el corazón como si de un cristal se tratase. El pecho se me llenaba de agujas que se me clavaban por todo el cuerpo. Sentía convulsiones como si me golpeasen con martillos. ¿Qué sentido tenía mi vida? ¿Y mi sufrimiento?

Todo estaba fuera de mi control y pasé

noches en vela intentando hallar el modo de quedarme con mi hija y burlar a la guadaña. Al final, dejándome llevar y aceptando la enfermedad que corría por mis venas, acabé convertida en una muñeca de plástico gigante. Dejé de existir pero no desaparecí.

Nuestro hogar es ahora como una enorme casa de muñecas y mi hija juega conmigo cuando quiere. Y no puedo quejarme, no pienso hacerlo, pues ella es la razón de mi existencia. Aunque, como todos los niños, es caprichosa y sufre rabietas de vez en cuando.

Me arrancó los brazos una tarde en la que una amiga del colegio se había burlado de sus zapatos. Y quizás hoy me ha partido la cadera porque la profesora le ha puesto demasiadas tareas para hacer en casa. Poco queda de mi cuerpo de plástico y debo tener un aspecto lastimoso desde que me cortara el pelo con sus tijeras de la escuela.

Pero tengo que aprovechar los momentos que paso con ella, mi pequeña crece muy deprisa y pronto dejará de jugar con muñecas. Y de necesitar a su madre. Entonces, sé que acabaré en el fondo de algún armario o en algún gran montón de basura. Sin embargo, seré feliz, soy feliz, porque mi vida tiene un sentido.

Mi hija entra en la habitación. Me arranca la pierna, no siento dolor, y me observa sonriendo mientras la sostiene con sus pequeñas manos. Nada nos gusta más que jugar juntas.

——

VENGANZA EN CHICAGO

Jose Antonio Herrera

Jimmy Mason estaba sentado a una mesa, solo. Degustaba su copa de bourbon, mientras se deleitaba con el espectáculo del club. Las chicas semidesnudas pululaban por todas

partes, pero ninguna igualaba en belleza a la rubia que estaba en el escenario, bailando sensualmente y sin dejar de mirarle. Jimmy se percató de que la chica no le quitaba ojo de encima y le sonrió de manera cómplice. Cuando la chica terminó su baile, bajó del escenario y se dirigió directamente hacia la mesa que ocupaba Jimmy.

—Hola —dijo con voz melosa—, soy Becky. ¿Cómo te llamas, guapo?

—Jimmy Mason, aunque todos me llaman Mason —contestó, sonriendo.

—Uhm, el señor Mason, me gusta —le dijo con una sonrisa pícara en sus labios.

Jimmy le metió un billete de veinte dólares en el tanga a la chica y le pidió que bailara para él. Ella le guiñó un ojo, cómplice, y le hizo el baile más sexy que pudo. Le agarró de la corbata, y se sentó en su regazo. Comenzó a moverse, ro-

zando su cuerpo casi desnudo con el de Mason. Ambos estaban desinhibidos.

—Me gustaría continuar esto luego, en mi casa, cuando acabe lo que tengo que hacer hoy —le dijo él.

—Mira, voy a ser te sincera, cariño —respondió ella—. Me encantas, pero tengo que ganarme la vida, así que te lo voy a decir sin rodeos: la tarifa para eso es de doscientos dólares. Y por quinientos dólares estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas; cualquier cosa.

Mason la miró a los ojos, muy serio.

—¿Cualquier cosa? —preguntó—
¿Sea lo que sea?

—Cualquier cosa, amorcito —le dijo ella al oído, seductora.

Jimmy sacó su billetera y extrajo quinientos dólares de ella. Se los metió a la chica en el escote, entre sus pechos turgentes.

—Mira allí, aquel señor trajeado de

allí, el de aquella mesa, que está protegido por dos matones. ¿Es tu jefe, verdad? ¿Es el dueño de este local, no es así?

—Sí —respondió ella, sin comprender a dónde quería ir a parar.

—Muy bien, toma esta navaja. Quiero que te acerques allí y le mates —ordenó, con toda parsimonia.

—¿Cómo? ¿Acaso estás loco? El señor Lansky es un capo de la mafia, si le ataco me matarán... Ni por un millón de dólares cometería semejante locura —le dijo ella, temblando por los nervios.

—Me has mentado, zorra.

En ese momento, Jimmy Mason se levantó de su asiento, sacando su Colt 45. Apuntó a la cabeza del señor Lansky y disparó, volándole los sesos a aquel maldito mafioso que tanto daño había hecho a su familia. El caos se desató en el club. Las chicas y los parroquianos corrían despavo-

ridos en dirección a la salida del local. La gente chillaba. Los matones de Lansky buscaban, desorientados, al asesino de su jefe.

Mason aprovechó el descontrol para deshacerse de los dos matones que estaban junto al cadáver de Lansky. Sólo dos disparos certeros, y otros dos cadáveres caían al suelo. Ahora todos sabrían quién era el asesino.

Jimmy se volvió hacia la barra, donde el camarero estaba apuntando una recortada hacia él. Disparó a la cabeza de aquel hombre, que murió al instante. Dos matones más entraban en el local, buscándolo. Eran los dos porteros del local, e iban armados con revólveres. Jimmy les abatió a ambos con facilidad; sus años como policía, antes de que le expulsaran del cuerpo, le habían dado una puntería impresionante.

A esas alturas, el club estaba vacío y todos los matones de Lansky ha-

bían muerto. Sólo estaban Jimmy y Becky. La stripper estaba en el suelo, escondida bajo la mesa, hecha un ovillo, y sollozando descontrolada.

Mason tiró de su brazo, sacándola de su escondite. Recargó su Colt 45 con parsimonia, mientras ella seguía llorando desconsolada. Cuando lo tuvo cargado, le apuntó al pecho.

—Es una pena que esto tenga que acabar así, me habría encantado disfrutar de tu compañía esta noche, pero no soporto a la gente que no cumple su palabra —sentenció. La chica no dejaba de llorar, en estado de shock, y no parecía que le estuviera escuchando.

Apretó el gatillo una, dos, tres veces. El cuerpo de Becky quedó tendido en el suelo, sin vida, con tres agujeros de bala en el pecho. La sangre manaba de ellos profusamente.

Mason guardó su arma, se ajustó la corbata, apuró su copa de bourbon

de un solo trago y se marchó de allí con paso calmado.

El juego acababa de empezar.

SELECCIÓN



EL VIENTO ENTRE MIS HOJAS

Blanca Mart

Mi nombre es Jack Warrior y pertenezco a la Legión Saturniana de Kaos-II. Somos los chicos duros y no estamos para blandenguerías. Donde nosotros llegamos, la tierra queda arrasada. Quede claro, no creemos en los dioses, no nos gustan el resto de los humanos, mucho menos las plantas verdes y esas especies llamadas flores o árboles o

matojos, y nos reímos hasta caer al suelo, de palabras como primulas terrestres, nenúfares venusinos o campanulas doradas de Selene.

Nosotros estamos por nuestro Trabajo. Que antes era llegar y arrasar, y luego avisar a la Federación: «Este lugar ya está terraformado».

Claro, los tiempos cambian y los gobiernos del Universo han decidido que nuestros métodos no son adecuados. ¡Adecuados, lenguaje de viejas! Pero ellos mandan y estamos acostumbrados a obedecer. Así que ya no matamos a nadie, como no sea en legítima defensa. ¡Un asco!

Vamos a los planetas explorados en los lejanos universos, como simple protección a los antropólogos, científicos, comunicadores y demás debiluchos sabihondos que pululan ahora en las antiguas naves de guerra.

Pero, claro, algún desahogo tenemos que tener y aunque no lo crean, nos

permitieron unos días de vacaciones en el Asteroide Plutoniano Arkos.

Nos divertimos como verdaderos Legionarios Saturnianos. Hay árboles gigantescos cerca de un mar metálico, playas doradas y grandes tabernas a las que acuden a por una buena bebida, las hermosas ciborgs de Okata-VI. Esos días allá, fueron una verdadera fiesta. Nos entrenamos quemando cosas vegetales y disparando contra un árbol gigantesco que adoraba no sé quién —cosa que no nos interesó pues no creemos en ningún dios—, seguimos con los árboles más pequeños que proliferaban y nos animamos tanto que hasta la rudas ciborgs dijeron que nos estábamos pasando y se largaron.

Que se fueran. Acabamos bien borrachos en la Taberna del espaciopuerto y en una de éstas para las que estamos preparados, en una pelea idiota, me mataron.

Tal como lo oyen: me morí.

II

Y pienso yo: ¿Por qué, si estoy muerto, no paro de pensar? Pues aquí estoy con mi monólogo. Miro el horizonte y escucho el rumor del viento; me siento fuerte, poderoso como siempre, noto a la madre tierra alimentando mis raíces. Agradezco la lluvia que refresca, el aire susurrante; brillan mis hojas. Veo a la gente que llega y busca cobijo bajo mi sombra, danzan, me ofrecen guirnaldas de flores.

¿Qué es esto? ¿Es que hay dioses? ¿Es esto la reencarnación? Y, aborto, contemplo el horizonte, la inmensidad que no cesa, la rueda y, sobre todo, las paradojas infinitas del universo.

Porque no estoy pagando nada de lo que hice.

Soy absolutamente feliz y yo —que fui un chico duro—, me sigo bur-

lando de los dioses, que tan fácilmente, olvidaron las flores que destrocé, los árboles arrasados, y los que quizás arrasaría de seguir siendo humano, en todos y cada uno de los planetas del Universo.

Sí, sigo mirando el horizonte y en esta tarde de primaveras espaciales, lejos de holocaustos innecesarios, en el columpio del aire perfumado, veo cómo se acerca un nuevo grupo: ¡hay tantos adoradores de las hojas verdes, del trasiego firme y lento de la naturaleza, de la savia que crece! Sin duda vendrán a mi sombra, a entrelazar sus ritos con mi existencia, como suele ocurrir. No hay otro árbol como yo.

Las siluetas avanzan firmes, algo caóticas, rápidas. Los pasos decididos, las voces broncas; uniformes negros, armados; y perplejo, reconozco súbitamente ese símbolo en el pecho,

que llevé tantos años. Pero, sobre todo, reconozco horrorizado, la mirada hecha de muerte de mis camaradas, los Legionarios Saturnianos de Kaos-II.

Y mientras se acercan, mientras espero el fuego de sus disparos y la oscuridad total, escucho la cadencia, el cendal perdido para siempre, el murmullo suave, del viento entre mis hojas.



EL JARDÍN DE ARENA

Alfredo Álamo

Publicado en la antología

Bestiario infame de la
ciudad adormecida

Los niños pequeños juegan en el gran rincón lleno de arena, construyen castillos con cubos de plástico y escarban agujeros con palas de juguete. Se lanzan bolas de tierra unos a otros y ruedan felices tratando de atraparse unos a otros. La tarde

pasa y las primeras luces artificiales iluminan el parquecito infantil con una luz irreal y difusa. Las madres aparecen de repente, conjuradas por el espíritu del tiempo, agarran a sus hijos con precisión quirúrgica y desaparecen, tan desdibujadas como habían aparecido. Sin embargo, a veces queda un niño en el rincón de arena, de cabeza grande y ropa vieja. Cuando nadie mira y ya la noche es dueña, su carne se deshace en grumos arenosos, convirtiendo su cara en una ruina frágil y degradada, hasta que no queda más que un jersey a rayas y unos pantaloncitos marrones. Siempre la misma ropa, la del niño que no habla, que no juega, que simplemente espera a que pase la tarde y su madre aparezca por fin para llevárselo de aquel infierno de arena y sangre.



LA HORA DEL
ÚLTIMO TE QUIERO

Álvaro Herrero

¿T e acuerdas?

Aquella noche fuimos dejando el amor por todas partes, haciéndolo mundano, haciéndolo nuestro. Lo alejamos de la divinidad y lo platónico para hacerlo cotidiano, real; para hacerlo verdad.

Lo fuimos rompiendo a pequeños trozos y lo dispersamos.

Quedó un poco sobre la barra de aquel bar en el que colocaste tu mano sobre mi rodilla por primera vez, y en aquella farola en la que nos sujetamos borrachos sin atrevernos a darnos un beso. También en el colchón que vio juntos en primer lugar nuestros cuerpos, nuestros versos, nuestros nombres. Perdimos un poco

en los asientos del coche, y en el ascensor en el que parecíamos fieras buscándonos las grietas.

Nos olvidamos un poco en plazas anónimas que se acuerdan de nosotros aunque tú y yo las hayamos olvidado. Se nos cayó en la acera en la que tropezamos un día de lluvia por no soltarnos de la mano.

Lo dejamos un día en la última fila de la línea 6 de camino al centro, también en los taxis, y encontramos algo más que droga en los baños de una discoteca.

Lo alimentamos como se alimentan las buenas historias, sin querer, o queriendo más de lo que nos podíamos permitir sin darnos cuenta. Y creció como hacen los monstruos en la oscuridad, rápido y dando miedo. Porque el amor, a veces, da más miedo que Mefistófeles tratando de engañarnos.

También dejamos parte en lugares

que sólo tú y yo sabemos, habitaciones de puertas cerradas y luces apagadas en las que conteníamos la respiración para que nadie nos escuchara. Perdimos un poco en algunos conciertos junto con la voz, y la ilusión, y los saltos bañados en cerveza. En los libros que llevan nuestras firmas.

Los bares que nos han visto sonreír. Las ciudades que nos dejaron ver sus puestas de sol.

Las canciones que nos han dejado cantarlas.

Hemos ido dejando tantos pedazos en todo lo que hemos vivido que sólo queda uno, y lo tengo guardado en un cajón junto a un reloj que todavía marca la hora del último te quiero que escuché en tu boca.

Sujétame fuerte, yo no quiero irme.



LA SIRENA

Jean Larser

Un día, hace ya más años de los que puedo recordar, vino un hombre y escuchó el sonido del trabajo en las fundiciones del fuego. Y mirando el rojo vivo en la noche dijo: "Necesitamos una voz que llame sobre el ruido y la furia del fuego y que advierta a los hombres; haré esa voz. Haré una voz que será como el fuego y la noche entera, una voz más grande que una cama vacía, como una casa vacía cuando se abre la puerta, como los árboles desnudos. Un sonido que no será de pájaros ni rumores de lluvia, si no de viento frío y mar rompiendo en acantilados ya rotos. Haré un sonido tal y tan vacío que a todos llegará, y al oírlo gemirán sus almas y el hogar parecerá más frío, y hasta en las distantes aldeas todos pensarán que tienen que volver. Lo llamaré si-

rena, y quienes lo escuchen conocerán así la tristeza del trabajo y la brevedad de la vida."

Y así se hizo.

Ahora caminamos con los hombros encogidos por el uso y arrastrando los pies en dirección a las fábricas. Y estamos contentos.

Otros no tienen tanta suerte.

APAGADO

Ricardo Zamorano

No sé cómo sucedió, pero cuando me quise dar cuenta, tenía la cabeza de mi mujer abierta entre mis manos, con la sangre formando regueros rojos sobre los nudillos.

Eso es lo único que recuerdo, eso y algo más que no logro entender por más que lo intento cuando puedo.

A veces ni siquiera lo recuerdo. A veces ni siquiera sé quién soy. A veces ni siquiera soy consciente de que he de

ser alguien. Tan pronto estoy lúcido, como no estoy. Es como si estuviera apagado. Y es en esos momentos de lucidez cuando comprendo que he estado fuera de mí, y cuando recuerdo. Recuerdo el largo cabello color azabache brillante y apelmazado. Un cabello brillante y apelmazado por la abundante sangre, enredándose entre mis dedos, agarrándolos como exigiendo clemencia.

Sé lo que pensáis: otro caso de violencia de género. Otro marido cabrón que ha matado a su mujer. Yo no recuerdo lo que pasó, pues lo que sucediera transcurrió en ese estado cada vez más frecuente en el que estoy apagado. Pero os aseguro, con lo que pueda quedar de mi corazón, que jamás había pegado a mi mujer, que jamás la había siquiera gritado.

La quería, de verdad. No la quería de esa manera hipócrita en la que las quieren los cobardes que maltratan a

sus mujeres. No. La quería hasta tal punto de estar dispuesto a morir por ella; la quería hasta tal punto de dejarla marchar si con ello era más feliz, por mucho que me doliera. Y prueba de ello es también que en los momentos de encendido, lo único que hago es llorar, llorar por su pérdida y por lo que sin saber cómo, le hice.

Tal vez aun así no me creáis. Tal vez creáis que me volví loco, que algo falló en mi cerebro. Y estaríais en lo cierto si no fuera por dos detalles que revelan en lo que sospecho me he convertido.

El primero es que no solo me limitaba a sostener la cabeza de mi mujer abierta entre mis manos, sino que también devoraba su cerebro como un perro, mediante dentelladas, hundiendo mi cara en la abertura de su cráneo.

Y el segundo es que, asombrosamente, estaba fuera del lugar en el que me habían metido hacía dos días.

Mi ataúd.

Puedes colaborar con nosotros enviando relatos de hasta 800 palabras (no hay mínimo inferior), poesías de hasta 20 versos o simplemente ponerte en contacto en:

REVISTAPAPENFUSS@GMAIL.COM



Queremos agradecer a nuestros colaboradores sus aportaciones:

ngc3660
ngc3660.com

#HORIZONTE

lectoresdehorizonte.blogspot.com.es



HAN COLABORADO EN ESTE NÚMERO

Pincha en cada nombre para acceder a su web

- JESÚS FERNÁNDEZ

- RICARDO ZAMORANO

- JEAN IVES THIBAUT

- SERGIO MARS

- ÁLVARO HERRERO

- ALFREDO ÁLAMO

- NURIA C. BOTEY

- CARLOS SÁEZ

- BLANCA MART

- ESTHER PAREDES

- JOSE ANTONIO HERRERA

- JEAN LARSER

